



Entorno

El fin de la era estadounidense¹

Wade Davis²

Nunca en nuestras vidas habíamos experimentado un fenómeno tan global. Por primera vez en la historia del mundo, toda la humanidad, informada por el alcance sin precedentes de la tecnología digital, se ha unido, enfocada en la misma amenaza existencial, consumida por los mismos miedos e incertidumbres, anticipando ansiosamente lo mismo, hasta ahora, promesas incumplidas de la ciencia médica.

En una sola temporada, la civilización ha sido abatida por un parásito microscópico 10,000 veces más pequeño que un grano de sal. COVID-19 ataca nuestros cuerpos físicos, pero también los cimientos culturales de nuestras vidas, la caja de herramientas de la comunidad y la conectividad que es para el ser humano lo que las garras y los dientes representan para el tigre.

Nuestras intervenciones hasta la fecha se han centrado en gran medida en mitigar la tasa de propagación, aplanando la curva de morbilidad. No hay tratamiento a mano y no hay certeza de una vacuna en el horizonte cercano. La vacuna más rápida jamás desarrollada fue para las paperas. Fueron necesarios cuatro años. COVID-19 mató a 100 mil estadounidenses en cuatro meses. Existe alguna evidencia de que

1. Publicado el 6 de agosto de 2020. Tomado de <https://www.rollingstone.com/politics/political-commentary/covid-19-end-of-american-era-wade-davis-1038206/>

2. Antropólogo. Ocupa la cátedra de Liderazgo en Culturas y Ecosistemas en Riesgo en la Universidad de Columbia Británica. Sus libros premiados incluyen "Into the Silence" y "The Wayfinders". Su nuevo libro, "Magdalena: Río de sueños", es publicado por Knopf.

la infección natural puede no implicar inmunidad, lo que deja a algunos cuestionando cuán efectiva será una vacuna, incluso asumiendo que se pueda encontrar una. Y debe ser seguro. Si se va a inmunizar a la población mundial, las complicaciones letales en solo una persona de cada mil implicarían la muerte de millones.

Las pandemias y plagas tienen una manera de cambiar el curso de la historia, y no siempre de una manera inmediatamente evidente para los sobrevivientes. En el siglo XIV, la peste negra mató a cerca de la mitad de la población europea. La escasez de mano de obra provocó un aumento de los salarios. Las expectativas crecientes culminaron con la Revuelta Campesina de 1381, un punto de inflexión que marcó el comienzo del fin del orden feudal que había dominado la Europa medieval durante mil años.

La pandemia de COVID será recordada como un momento de la historia, un evento seminal cuya importancia se desarrollará solo después de la crisis. Marcará esta era tanto como el asesinato en 1914 del Archiduque Fernando, la caída de la bolsa de valores de 1929 y el ascenso de Adolf Hitler en 1933 se convirtieron en puntos de referencia fundamentales del

siglo pasado, todos presagios de resultados mayores y más importantes.

La importancia histórica de COVID no radica en lo que implica para nuestra vida diaria. El cambio, después de todo, es la única constante cuando se trata de cultura. Todos los pueblos en todos los lugares y en todo momento siempre están bailando con nuevas posibilidades de vida. A medida que las empresas eliminan o reducen el tamaño de las oficinas centrales, los empleados trabajan desde casa, los restaurantes cierran, los centros comerciales cierran, la transmisión trae entretenimiento y eventos deportivos al hogar, y los viajes en avión se vuelven cada vez más problemáticos y miserables, la gente se adaptará, como siempre lo hemos hecho. La fluidez de la memoria y la capacidad de olvidar es quizás el rasgo más inquietante de nuestra especie. Como lo confirma la historia, nos permite aceptar cualquier grado de degradación social, moral o ambiental.

Sin duda, la incertidumbre financiera proyectará una larga sombra. Pasando sobre la economía global durante algún tiempo será la conciencia sobria de que todo el dinero en manos

de todas las naciones de la Tierra nunca será suficiente para compensar las pérdidas sufridas cuando un mundo entero deja de funcionar, con trabajadores y empresas en todas partes enfrentando un problema. Elección entre supervivencia económica y biológica.

Por inquietantes que sean estas transiciones y circunstancias, salvo un colapso económico completo, ninguna se destaca como un punto de inflexión en la historia. Pero lo que sin duda lo hace es el impacto absolutamente devastador que la pandemia ha tenido en la reputación y el prestigio internacional de los Estados Unidos de América.

En una oscura temporada de pestilencia, COVID ha reducido a jirones la ilusión del excepcionalismo estadounidense. En el punto más álgido de la crisis, con más de dos mil muertos cada día, los estadounidenses se encontraron miembros de un Estado fallido, gobernado por un gobierno disfuncional e incompetente, en gran parte responsable de las tasas de mortalidad que añadieron una coda trágica al reclamo de Estados Unidos de supremacía en el mundo.

Por primera vez, la comunidad internacional se sintió obligada a enviar ayuda humanitaria a Washington. Durante más de dos siglos, informó el *Irish Times*, "Estados Unidos ha despertado una amplia gama de sentimientos en el resto del mundo: amor y odio, miedo y esperanza, envidia y desprecio, asombro e ira. Pero hay una emoción que nunca se ha dirigido hacia Estados Unidos hasta ahora: lástima". Mientras los médicos y enfermeras estadounidenses esperaban ansiosamente el transporte aéreo de emergencia de suministros básicos desde China, la bisagra de la historia se abrió al siglo asiático.

Ningún imperio dura mucho, incluso si pocos anticipan su desaparición. Todo reino nace para morir. El siglo XV perteneció a los portugueses, el XVI a España, el XVII a los holandeses. Francia dominó el 18 y Gran Bretaña el 19. Desangrados y arruinados por la Gran Guerra, los británicos mantuvieron una pretensión de dominación hasta 1935, cuando el imperio alcanzó su mayor extensión geográfica. Para entonces, por supuesto, la antorcha había pasado mucho tiempo a manos de Estados Unidos.

En 1940, con Europa ya en llamas, Estados Unidos tenía un ejército más pequeño que Portugal o Bulgaria. En cuatro años, 18 millones de hombres y mujeres servirían de uniforme, y millones más trabajarían en turnos dobles en minas y fábricas que hicieron de Estados Unidos, como prometió el presidente Roosevelt, el arsenal de la democracia.

Cuando los japoneses, seis semanas después de Pearl Harbor, tomaron el control del 90 por ciento del suministro de caucho del mundo, EE. UU. redujo el límite de velocidad a 35 mph para proteger los neumáticos y luego, en tres años, inventó desde cero una industria de caucho sintético que permitía ejércitos aliados para derrotar a los nazis. En su apogeo, la planta Willow Run de Henry Ford producía un B-24 Liberator cada dos horas, durante todo el día. Los astilleros de Long Beach y Sausalito escupieron barcos Liberty a un ritmo de dos por día durante cuatro años; el récord fue un barco construido en cuatro días, 15 horas y 29 minutos. Una sola fábrica estadounidense, el Detroit Arsenal de Chrysler, construyó más tanques que todo el Tercer Reich.

A raíz de la guerra, con Europa y Japón en cenizas, Estados Unidos

con solo el 6 por ciento de la población mundial representaba la mitad de la economía mundial, incluida la producción del 93 por ciento de todos los automóviles. Tal dominio económico dio origen a una clase media vibrante, un movimiento sindical que permitió que un solo sostén de familia con educación limitada tuviera una casa y un automóvil, mantuviera una familia y enviara a sus hijos a buenas escuelas. No era de ninguna manera un mundo perfecto, pero la abundancia permitía una tregua entre el capital y el trabajo, una reciprocidad de oportunidades en una época de rápido crecimiento y disminución de la desigualdad de ingresos, marcada por altas tasas impositivas para los ricos, que de ninguna manera eran los únicos beneficiarios de una época dorada del capitalismo estadounidense.

Pero la libertad y la opulencia tenían un precio. Estados Unidos, prácticamente una nación desmilitarizada en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, nunca se replegó tras la victoria. Hasta el día de hoy, las tropas estadounidenses están desplegadas en 150 países. Desde la década de 1970, China no ha ido a la guerra ni una sola vez; Estados Unidos no ha pasado un día en paz. El presidente Jimmy Carter señaló re-

cientemente que en sus 242 años de historia, Estados Unidos ha disfrutado de solo 16 años de paz, lo que la convierte, como escribió, en “la nación más belicosa de la historia del mundo”. Desde 2001, Estados Unidos ha gastado más de \$ 6 billones en operaciones militares y guerras, dinero que podría haberse invertido en la infraestructura del hogar. Mientras tanto, China construyó su nación, vertiendo más cemento cada tres años que Estados Unidos en todo el siglo XX.

Mientras Estados Unidos vigilaba el mundo, la violencia volvió a casa. El día D, 6 de junio de 1944, la cifra de muertos aliados fue de 4 mil 414; en 2019, la violencia doméstica con armas de fuego había matado a tantos hombres y mujeres estadounidenses a fines de abril. Para junio de ese año, las armas en manos de estadounidenses comunes habían causado más bajas que las que sufrieron los aliados en Normandía en el primer mes de una campaña que consumió la fuerza militar de cinco naciones.

Más que cualquier otro país, Estados Unidos en la era de la posguerra enaltecía al individuo a expensas de la comunidad y la familia. Era el equivalente sociológico de dividir el átomo.

Lo que se ganó en términos de movilidad y libertad personal se produjo a expensas del propósito común. En amplias zonas de Estados Unidos, la familia como institución perdió su base. En la década de 1960, el 40 por ciento de los matrimonios terminaban en divorcio. Solo el seis por ciento de los hogares estadounidenses tenían abuelos viviendo bajo el mismo techo que sus nietos; los ancianos fueron abandonados a hogares de ancianos.

Con lemas como “24/7” celebrando la dedicación total al lugar de trabajo, hombres y mujeres se agotaron en trabajos que solo reforzaban su aislamiento de sus familias. El padre estadounidense promedio pasa menos de 20 minutos al día en comunicación directa con su hijo. Para cuando un joven cumpla 18 años, habrá pasado dos años completos viendo televisión o mirando la pantalla de una computadora portátil, contribuyendo a una epidemia de obesidad que el Estado Mayor Conjunto ha llamado crisis de seguridad nacional.

Solo la mitad de los estadounidenses informan tener interacciones sociales significativas cara a cara a diario. La nación consume dos tercios de la producción mundial de medicamentos antidepresivos.

El colapso de la familia de clase trabajadora ha sido responsable en parte de una crisis de opioides que ha desplazado a los accidentes automovilísticos como la principal causa de muerte entre los estadounidenses menores de 50 años.

En la raíz de esta transformación y declive se encuentra un abismo cada vez mayor entre los estadounidenses que tienen y los que tienen poco o nada. Las disparidades económicas existen en todas las naciones, creando una tensión que puede ser tan perturbadora como injustas las desigualdades. En cualquier contexto, sin embargo, las fuerzas negativas que desgarran a una sociedad se mitigan o incluso se silencian si hay otros elementos que refuerzan la solidaridad social: la fe religiosa, la fuerza y la comodidad de la familia, el orgullo de la tradición, la fidelidad a la tierra, un espíritu de lugar.

Pero cuando se demuestra que todas las viejas certezas son mentiras, cuando la promesa de una buena vida para una familia trabajadora se hace añicos cuando las fábricas cierran y los líderes corporativos, cada día más ricos, envían trabajos al extranjero, el contrato social se rompe irrevocablemente. Durante dos generaciones, Estados Unidos

ha celebrado la globalización con una intensidad icónica, cuando, como cualquier trabajador o trabajadora puede ver, no es más que capital al acecho en busca de fuentes de trabajo cada vez más baratas.

Durante muchos años, los de la derecha conservadora en Estados Unidos han invocado la nostalgia por la década de 1950 y una Estados Unidos que nunca fue, pero que se debe presumir que existió para racionalizar su sentido de pérdida y abandono, su miedo al cambio, sus amargos resentimientos y su persistente desprecio por los movimientos sociales de la década de 1960, una época de nuevas aspiraciones para las mujeres, los homosexuales y las personas de color. En verdad, al menos en términos económicos, el país de la década de 1950 se parecía tanto a Dinamarca como a la América de hoy. Las tasas impositivas marginales para los ricos eran del 90 por ciento. Los salarios de los directores ejecutivos eran, en promedio, solo 20 veces los de sus empleados de nivel medio.

Hoy en día, el salario base de los que están en la cima suele ser 400 veces mayor que el de su personal asalariado, y muchos ganan órdenes de magnitud más

en opciones sobre acciones y beneficios. La élite del uno por ciento de los estadounidenses controla 30 billones de dólares en activos, mientras que la mitad inferior tiene más deudas que activos. Los tres estadounidenses más ricos tienen más dinero que los 160 millones más pobres de sus compatriotas. Una quinta parte de los hogares estadounidenses tiene un patrimonio neto cero o negativo, una cifra que se eleva al 37 por ciento para las familias negras. La riqueza media de los hogares negros es una décima parte de la de los blancos. La gran mayoría de los estadounidenses (blancos, negros y morenos) tienen dos cheques de pago retirados de la bancarrota. Aunque vive en una nación que se celebra a sí misma como la más rica de la historia, la mayoría de los estadounidenses viven en una cuerda floja, sin una red de seguridad para afrontar una caída.

Con la crisis de COVID, 40 millones de estadounidenses perdieron sus trabajos y 3,3 millones de empresas cerraron, incluido el 41 por ciento de todas las empresas propiedad de negros. Los afroamericanos, que superan significativamente en número a los blancos en las prisiones federales a pesar de ser solo el 13

por ciento de la población, están sufriendo tasas sorprendentemente altas de morbilidad y mortalidad, muriendo casi tres veces más que los estadounidenses blancos. La regla cardinal de la política social estadounidense -no permitir que ningún grupo étnico se sitúe por debajo de los negros, ni permitir que nadie sufra más humillaciones- sonó cierta incluso en una pandemia, como si el virus se inspirara en la historia estadounidense.

COVID-19 no humilló a Estados Unidos; simplemente reveló lo que había sido abandonado durante mucho tiempo. A medida que se desarrollaba la crisis, con otro estadounidense muriendo cada minuto de cada día, un país que una vez produjo aviones de combate por horas no pudo lograr producir las máscaras de papel o hisopos de algodón esenciales para rastrear la enfermedad. La nación que derrotó a la viruela y la poliomielitis, y lideró el mundo durante generaciones en innovación y descubrimientos médicos, quedó reducida al hazmerreír cuando el bufón de un presidente defendió el uso de desinfectantes domésticos como tratamiento para una enfermedad que intelectualmente no podía comprender.

A medida que varios países se movían rápidamente para contener el virus, Estados Unidos tropezó con la negación, como si estuviera deliberadamente ciego. Con menos del cuatro por ciento de la población mundial, Estados Unidos pronto representó más de una quinta parte de las muertes por COVID. El porcentaje de víctimas estadounidenses de la enfermedad que murieron fue seis veces el promedio mundial. Alcanzar la tasa de morbilidad y mortalidad más alta del mundo no provocó vergüenza, sino más mentiras, chivos expiatorios y alardes de curaciones milagrosas tan dudosas como las afirmaciones de un ladrón de carnaval, un estafador en ciernes.

Mientras Estados Unidos respondía a la crisis como una dictadura corrupta, los verdaderos dictadores del mundo aprovecharon la oportunidad para apoderarse de las alturas, saboreando un raro sentido de superioridad moral, especialmente a raíz del asesinato de George Floyd en Minneapolis. El líder autocrático de Chechenia, Ramzan Kadyrov, reprendió a Estados Unidos por “violar maliciosamente los derechos de los ciudadanos comunes”. Los periódicos de Corea del Norte

objetaron la “brutalidad policial” en Estados Unidos. Citado en la prensa iraní, el ayatolá Jamenei se regodeaba: “Estados Unidos ha comenzado el proceso de su propia destrucción”.

El desempeño de Trump y la crisis de Estados Unidos desviaron la atención del mal manejo de China del brote inicial en Wuhan, sin mencionar su movimiento para aplastar la democracia en Hong Kong. Cuando un funcionario estadounidense planteó la cuestión de los derechos humanos en Twitter, el portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores de China, invocando el asesinato de George Floyd, respondió con una breve frase: “No puedo respirar”.

Estos comentarios de motivación política pueden ser fáciles de descartar. Pero los estadounidenses no se han hecho ningún favor. Su proceso político hizo posible el ascenso al cargo más alto del país, una vergüenza nacional, un demagogo tan comprometido moral y éticamente como una persona. Como bromeó un escritor británico, “siempre ha habido gente estúpida en el mundo, y también mucha gente desagradable. Pero rara vez la estupidez ha sido tan desagradable, o la maldad tan estúpida”.

El presidente estadounidense vive para cultivar resentimientos, demonizar a sus oponentes, validar el odio. Su principal herramienta de gobierno es la mentira; al 9 de julio de 2020, el recuento documentado de sus distorsiones y declaraciones falsas ascendía a 20,055. Si el primer presidente de Estados Unidos, George Washington, es famoso por no decir una mentira, el actual no puede reconocer la verdad. Al invertir las palabras y los sentimientos de Abraham Lincoln, este hombre troll oscuro celebra la malicia para todos y la caridad para nadie.

Por odioso que sea, Trump es menos la causa del declive de Estados Unidos que un producto de su descenso. Mientras se miran al espejo y perciben solo el mito de su excepcionalismo, los estadounidenses siguen siendo casi extrañamente incapaces de ver lo que realmente ha sido de su país. La república que definió el libre flujo de información como la sangre vital de la democracia, ocupa hoy el puesto 45 entre las naciones en lo que respecta a la libertad de prensa. En una tierra que una vez acogió a las masas amontonadas del mundo, hoy en día más personas están a favor de construir un muro a lo largo de la

frontera sur que apoyar la atención médica y la protección de las madres y los niños indocumentados que llegan desesperados a sus puertas. En un completo abandono del bien colectivo, las leyes estadounidenses definen la libertad como el derecho inalienable de un individuo a poseer un arsenal personal de armas, un derecho natural que supera incluso la seguridad de los niños; solo en la última década, 346 estudiantes y maestros estadounidenses han recibido disparos en los terrenos de la escuela.

El culto estadounidense al individuo niega no solo la comunidad, sino la idea misma de sociedad. Nadie le debe nada a nadie. Todos deben estar preparados para luchar por todo: educación, refugio, comida, atención médica. Lo que toda democracia próspera y exitosa considera derechos fundamentales: atención médica universal, acceso equitativo a una educación pública de calidad, una red de seguridad social para los débiles, los ancianos y los enfermos, Estados Unidos lo descarta como indulgencias socialistas, como si fueran tantos signos de debilidad.

¿Cómo puede el resto del mundo esperar que Estados Unidos lidere las amenazas globales

(cambio climático, crisis de extinción, pandemias) cuando el país ya no tiene un sentido de propósito benigno o bienestar colectivo, incluso dentro de su propia comunidad nacional? El patriotismo envuelto en banderas no sustituye a la compasión; la ira y la hostilidad no pueden compararse con el amor. Quienes acuden en masa a playas, bares y mítines políticos, poniendo en riesgo a sus conciudadanos, no están ejerciendo la libertad; están mostrando, como ha señalado un comentarista, la debilidad de un pueblo que carece tanto del estoicismo para soportar la pandemia como de la fortaleza para derrotarla. Liderando su carga está Donald Trump, un guerrero de espolones, un mentiroso y un fraude, una caricatura grotesca de un hombre fuerte, con la columna vertebral de un matón.

En los últimos meses, ha circulado una broma en Internet que sugiere que vivir en Canadá hoy es como tener un apartamento encima de un laboratorio de metanfetamina. Canadá no es un lugar perfecto, pero ha manejado bien la crisis de COVID, sobre todo en Columbia Británica, donde vivo. Vancouver está a solo tres horas por carretera al norte de Seattle, donde comenzó el brote

en Estados Unidos. La mitad de la población de Vancouver es asiática y, por lo general, cada día llegan decenas de vuelos desde China y el este de Asia. Lógicamente, debería haber sido muy golpeado, pero el sistema de salud funcionó muy bien. A lo largo de la crisis, las tasas de pruebas en Canadá han sido consistentemente cinco veces superiores a las de los EE. UU. Sobre una base per cápita, Canadá ha sufrido la mitad de la morbilidad y la mortalidad. Por cada persona que ha muerto en Columbia Británica, 44 han fallecido en Massachusetts, al 30 de julio, incluso cuando las tasas de infección y muerte por COVID se dispararon en gran parte de los Estados Unidos, con 59,629 nuevos casos reportados solo ese día, los hospitales en Columbia Británica registraron un total de solo cinco pacientes con COVID.

Cuando los amigos estadounidenses piden una explicación, los animo a que reflexionen sobre la última vez que compraron comestibles en Safeway de su vecindario. En EE. UU., casi siempre hay un abismo racial, económico, cultural y educativo entre el consumidor y el personal de la caja que es difícil, si no imposible, de salvar. En Canadá, la experiencia es bastante diferente.

Uno interactúa, si no como compañeros, ciertamente como miembros de una comunidad más amplia. La razón para esto es muy simple. Es posible que la persona encargada de la caja no comparta su nivel de riqueza, pero saben que usted sabe que están recibiendo un salario digno gracias a los sindicatos. Y saben que usted sabe que sus hijos y los suyos probablemente vayan a la misma escuela pública del vecindario. En tercer lugar, y lo más importante, saben que usted sabe que si sus hijos se enferman, obtendrán exactamente el mismo nivel de atención médica no solo de sus hijos, sino también de los del primer ministro. Estos tres hilos entrelazados se convierten en el tejido de la socialdemocracia canadiense.

Cuando se le preguntó qué pensaba de la civilización occidental, Mahatma Gandhi respondió: "Creo que sería una buena idea". Tal comentario puede parecer cruel, pero refleja con precisión la visión de Estados Unidos hoy en día desde la perspectiva de cualquier socialdemocracia moderna. Canadá tuvo un buen desempeño durante la crisis de COVID debido a nuestro contrato social, los lazos de la comunidad, la confianza entre nosotros y nuestras instituciones,

nuestro sistema de atención médica en particular, con hospitales que atienden las necesidades médicas del colectivo, no del individuo, y ciertamente no el inversor privado que ve cada cama de hospital como una propiedad de alquiler. La medida de la riqueza en una nación civilizada no es la moneda acumulada por unos pocos afortunados, sino más bien la fuerza y resonancia de las relaciones sociales y los lazos de reciprocidad que conectan a todas las personas con un propósito común.

Esto no tiene nada que ver con la ideología política, sino con la calidad de vida. Los finlandeses viven más tiempo y tienen menos probabilidades de morir en la infancia o al dar a luz que los estadounidenses. Los daneses ganan aproximadamente los mismos ingresos después de impuestos que los estadounidenses, mientras trabajan un 20 por ciento menos. Pagan en impuestos 19 centavos extra por cada dólar ganado. Pero a cambio obtienen atención médica gratuita, educación gratuita desde el preescolar hasta la universidad y la oportunidad de prosperar en una economía de libre mercado próspera con niveles drásticamente más bajos de pobreza, falta de vivienda,

delincuencia y desigualdad. Al trabajador medio se le paga mejor, se le trata con más respeto y se le recompensa con un seguro de vida, planes de pensión, licencia por maternidad y seis semanas de vacaciones pagadas al año. Todos estos beneficios solo inspiran a los daneses a trabajar más duro,

Los políticos estadounidenses descartan el modelo escandinavo por considerarlo un socialismo progresivo, un comunismo ligero, algo que nunca funcionaría en Estados Unidos. En verdad, las socialdemocracias tienen éxito precisamente porque fomentan economías capitalistas dinámicas que simplemente benefician a todos los niveles de la sociedad. Que la socialdemocracia nunca se afianzará en Estados Unidos bien puede ser cierto, pero, de ser así, es una acusación sorprendente, y justo lo que Oscar Wilde tenía en mente cuando bromeó que Estados Unidos era el único país que salió de la barbarie a la decadencia sin pasar por la civilización.

Prueba de tal decadencia terminal es la elección que muchos estadounidenses tomaron en 2016 para priorizar sus indignaciones personales, colocando sus

propios resentimientos por encima de cualquier preocupación por el destino del país y del mundo, mientras se apresuraban a elegir a un hombre cuya única credencial para fue su voluntad de dar voz a sus odios, validar su ira y apuntar a sus enemigos, reales o imaginarios. Uno se estremece al pensar en lo que significará para el mundo si los estadounidenses en noviembre, sabiendo todo lo que hacen, eligen mantener a un hombre así en el poder político. Pero incluso si Trump fuera rotundamente derrotado, no está del todo claro que una nación tan profundamente polarizada pueda encontrar un camino a seguir. Para bien o para mal, Estados Unidos ha tenido su momento.

El fin de la era estadounidense y el paso de la antorcha a Asia no es motivo de celebración, no es momento de regodearse. En un momento de peligro internacional, cuando la humanidad bien podría haber entrado en una era oscura más allá de todos los horrores imaginables, el poder industrial de los Estados Unidos, junto con la sangre de los soldados rusos comunes, literalmente salvó al mundo. Los ideales estadounidenses, celebrados por Madison

y Monroe, Lincoln, Roosevelt y Kennedy, en un momento inspiraron y dieron esperanza a millones.

Si los chinos están en ascenso, con sus campos de concentración para los uigures, el alcance despiadado de sus fuerzas armadas, sus 200 millones de cámaras de vigilancia que observan cada movimiento y gesto de su gente, seguramente añoraremos los mejores años del siglo estadounidense. Por el momento, solo tenemos la

cleptocracia de Donald Trump. Entre elogiar a los chinos por el trato que dieron a los uigures, describir su internamiento y tortura como “exactamente lo que se debe hacer”, y sus consejos médicos sobre el uso terapéutico de desinfectantes químicos, Trump comentó alegremente: “Un día, es como un milagro, desaparecerá”. Tenía en mente, por supuesto, el coronavirus, pero, como han dicho otros, bien podría haberse referido al sueño americano.